

SEGUIR A CRISTO



Series Fe y Vida

6

Tercera Edición

CAPÍTULO 1

Dios nos da la Ley

“Si de veras obedeces al Señor tu Dios, y pones en práctica todos sus mandamientos que yo te ordeno hoy, entonces el Señor te pondrá por encima de todos los pueblos de la tierra”. Deuteronomio 28:1

p. 13 Si observamos el mundo que nos rodea, veremos que hay cierto orden en cómo suceden las cosas. Cuando tiras una piedra al aire, cae a la tierra. Decimos que cae a causa de la ley de gravedad. Los gansos silvestres vuelan millas y millas para volver al mismo lugar cada año para allí hacer sus nidos y para incubar sus polluelos. Eso lo hacen por instinto. Y si nos fijamos en los seres humanos de ahora y de todos los tiempos, en diferentes países y culturas descubrimos que siempre tienen una regla para el bien y el mal: “Hacer el bien y evitar el mal”. Los seres humanos de todas partes del mundo tienen la idea de que deben comportarse de una determinada manera.

La diferencia entre esta regla del comportamiento humano y la ley de la gravedad o el instinto es que la gravedad y el instinto nos dicen lo que las cosas y las criaturas efectivamente *hacen*, mientras que la regla del comportamiento humano nos dice lo que *deberíamos* hacer. En otras palabras, la piedra o el ganso no tienen más remedio que hacer lo que hacen. La piedra no decide caer a la tierra; simplemente tiene que hacerlo. Pero mientras que la ley del comportamiento humano nos dice qué es lo correcto y qué es lo incorrecto, nosotros siempre tenemos la libertad de decidir hacerlo o no hacerlo.

Esto nos presenta dos problemas. Primero, aunque todos los humanos concuerdan en que debemos “hacer el bien y evitar el mal”, no siempre están de acuerdo acerca de qué es bueno y qué es malo. De hecho, muchas veces las personas se equivocan sobre cuál conducta es correcta y cuál



es incorrecta. Entonces, ¿cómo podemos saberlo a ciencia cierta?

El segundo problema tiene que ver con nuestras razones para seguir esta ley del comportamiento humano. Ya que los seres humanos no actúan forzosamente según la ley, sino que pueden elegir libremente, ¿por qué actúan así?.

El plan maestro

¿Dónde podemos encontrar una solución para estos problemas? Lo mejor es consultar con el autor del plan Maestro para saber lo que quiere de nosotros.

Como todos lo sabemos, Dios es el Creador y el Señor del cielo y de la tierra. En su gran sabiduría creó el universo y lo gobierna todo. Ahora bien, así

como hizo la ley de gravedad y el instinto, creó a los humanos con esta idea de hacer el bien y evitar el mal. Pero también los creó con libre albedrío, permitiéndoles tomar la decisión de hacer el bien y evitar el mal.

Cuando Adán y Eva decidieron desobedecer a Dios, su pecado afectó a toda la humanidad que había de venir después. Un resultado del pecado original es que nos resulta más difícil distinguir entre el bien y el mal y comportarnos en consecuencia con ello. Si leemos el comienzo de Antiguo Testamento podemos ver fácilmente cuán pronto los seres humanos lo arruinaron todo.

p. 14 Pero Dios le prometió a Adán que no nos abandonaría, y que nos daría los medios para la salvación. Por eso Dios llamó a Abraham y lo hizo el padre de su pueblo elegido. Dios estableció su alianza con los israelitas para mostrar que él sería su Dios, y ellos su pueblo. Les dio el **Decálogo**, los **Diez Mandamientos**. Dios quería que supieran distinguir entre lo correcto y lo incorrecto, y entre lo que era verdaderamente bueno y verdaderamente malo para ellos. Él estaba preparando un papel especial para su pueblo en la historia de la salvación.

Algunos creen que Dios simplemente quería obediencia a un conjunto de leyes. Pero en realidad lo que él deseaba era un pueblo fiel. A ese pueblo le dio una ley para enseñarles y guiarles en cada aspecto de su vida. Además, se la dio para prepararles para la llegada del Salvador.

El cumplimiento de la Ley

Cuando Jesús llegó para establecer la Nueva **Alianza**, no desechó los Diez Mandamientos, sino que los llevó a su perfección. Dijo: “No crean ustedes que yo he venido a suprimir la ley o los profetas; no he venido a ponerles fin, sino a darles su pleno valor” (Mateo 5:17). Jesús enseña que el fundamento de toda la ley es el amor: amar a Dios sobre todas las cosas, con toda el alma, con todo el corazón y con toda la mente, y amar al prójimo como a uno mismo. Jesús quiere que todos los hombres volvamos el corazón y la mente hacia Dios, con amor. Desobedecer cualquiera de los Diez Mandamientos es dejar de amarlo a él o al prójimo. Esto es así porque los Diez Mandamientos resumen nuestros deberes para con Dios y para con el prójimo.

La conciencia

p. 15

¿Cómo sabemos que una acción es buena y otra mala? Además del libre albedrío, Dios le ha otorgado a cada ser humano la capacidad de juzgar si algo es bueno o malo. Esta capacidad se llama la **conciencia**. Nuestra conciencia es un instrumento muy práctico. Nos indica cuál sería el comportamiento correcto o el incorrecto en determinada situación. Debemos obedecer nuestra conciencia, ya que Dios nos la dio para que viviéramos de acuerdo con su ley.

Cada persona nace con una conciencia. Hasta un miembro de una tribu primitiva que nunca ha tenido contacto con la civilización tiene la misma ley en su corazón para hacer el bien y evitar el mal. Su tribu probablemente tendrá un código de lo que piensan que es correcto o incorrecto. Así, él será responsable ante Dios de hacer lo que piensa que está bien y de no hacer lo que piensa que está mal. De esta manera podrá complacer a Dios. Pero su código de comportamiento puede diferir un poco de los Diez Mandamientos. Puesto que no ha tenido contacto con ellos, no será responsable de obedecerlos. Sin embargo, su conciencia es imperfecta.

A la conciencia hay que enseñarle, y enseñarle correctamente. A esto se le llama “formación” de la conciencia. Puesto que no ha sido formada correctamente, la conciencia de un hombre primitivo, puesto que no ha sido formada correctamente, es una conciencia incorrecta. Ya que él no podía hacer nada al respecto, ese hombre no es responsable de su conciencia incorrecta. En cambio, todos los seres humanos que tienen acceso a la Palabra de Dios tienen la responsabilidad de formarse una conciencia correcta.

Dios nos ha dado los medios de formar nuestra conciencia correctamente. Nos ha revelado las verdades sobre sí mismo y nos ha dado los Diez Mandamientos. Para vivir según su voluntad, tenemos que seguir y obedecer los mandamientos. Si desatendemos o rompemos su ley, pecamos. Si quebrantamos deliberadamente un mandamiento en un asunto grave, cometemos un pecado mortal y destruimos la caridad, o el amor de Dios en nuestros corazones. Cuando cometemos un pecado mortal, rechazamos a Dios al decidir hacer algo que va gravemente en contra de su voluntad. Si no nos arrepentimos del pecado mortal, no podemos entrar al cielo y ser felices con Dios para siempre.

Claro, el hecho de si cometemos un pecado mortal o no, depende de si sabemos que lo que hemos hecho es gravemente malo y libremente escogemos hacerlo de todos modos. Y si cometemos un pecado mortal, Dios nos perdonará si nos arrepentimos de todo corazón. Nos ha dado el Sacramento de la Penitencia para perdonar nuestros pecados y para ayudarnos a acercarnos más a él.

p. 16 Pero además de darnos la ley, él nos ha dado razones por las cuales debemos querer seguirla. Primero, Dios es el dador y el autor de esa ley, y puesto que es nuestro Creador, él sabe qué es lo mejor para nosotros. Obedecer su ley es necesario para nuestra salvación eterna. ¿Cómo podríamos vivir con Dios para siempre si, con el pecado mortal, escogemos rechazar su vida y su amistad?

Pero una razón aún mayor para obedecerle a Dios es que ya conocemos su gran amor por

nosotros. Jesús nos dice: “Si ustedes me aman, obedecerán mis mandamientos” (Juan 14:15). ¿Cómo podemos mostrarle mejor nuestro amor, sino haciendo lo que nos pide?

Dios nos dio sus mandamientos y nuestra conciencia para ayudarnos a distinguir entre lo correcto y lo incorrecto. Nos dio el ejemplo de su Hijo Jesucristo, quien amaba y obedecía perfectamente al Padre. Al mismo tiempo, Dios nos dio el poder para obedecer sus mandamientos. Ese poder es la vida de la gracia que procede del Espíritu Santo que vive dentro de nosotros.

Palabras para recordar:

Decálogo Diez Mandamientos
alianza conciencia

Los Diez Mandamientos

<i>Texto bíblico</i> (Basado en Deuteronomio 5:6–21)	<i>Texto catequético</i>
1. Yo soy el Señor, tu Dios. No tengas otros dioses aparte de mí.	1. Amarás a Dios sobre todas las cosas.
2. No hagas mal uso del nombre del Señor.	2. No tomarás el nombre de Dios en vano.
3. Ten en cuenta el día del Señor para santificarlo.	3. Santificarás las fiestas.
4. Honra a tu padre y a tu madre.	4. Honrarás a tu padre y a tu madre.
5. No mates.	5. No matarás.
6. No cometas adulterio.	6. No cometerás actos impuros.
7. No robes.	7. No robarás.
8. No digas mentiras.	8. No darás falso testimonio ni mentirás.
9. No codicies la mujer de tu prójimo.	9. No consentirás pensamientos ni deseos impuros.
10. No ambiciones nada que pertenezca a tu prójimo.	10. No codiciarás los bienes ajenos.

p. 15

- Pregunta 1:** *¿Qué tenemos que hacer para vivir de acuerdo con la voluntad de Dios?*
Para vivir de acuerdo con la voluntad de Dios tenemos que creer las verdades que él nos ha revelado y con la ayuda de su gracia, obedecer sus mandamientos (CIC 1692).
- Pregunta 2:** *¿Cuáles son los mandamientos de Dios?*
Los mandamientos de Dios son los Diez Mandamientos, las leyes morales que Dios le dio a Moisés en el monte Sinaí en el Antiguo Testamento y que Jesucristo perfeccionó en el Nuevo Testamento.
- Pregunta 3:** *¿Cuál es el fundamento de todos nuestros deberes para con Dios y para con el prójimo?*
El fundamento de todos nuestros deberes para con Dios y para con el prójimo es la caridad, tal como Jesucristo la explicó: el primero y mayor mandamiento de la ley es el amor a Dios y el segundo es el amor al prójimo. De estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los Profetas (CIC 2055).
- Pregunta 4:** *¿Por qué estamos obligados a obedecer los mandamientos de Dios?*
Estamos obligados a obedecer los mandamientos de Dios porque ellos resumen nuestros deberes fundamentales para con Dios y para con el prójimo (CIC 2072).
- Pregunta 5:** *¿Peca mortalmente quien rompe deliberadamente un mandamiento de Dios en un asunto grave?*
Quien rompe deliberadamente aunque sea solo uno de los mandamientos de Dios en un asunto grave peca mortalmente contra Dios y por eso se arriesga a ir al infierno (CIC 1856, 2072).

CAPÍTULO 2

El Primer Mandamiento en nuestros días

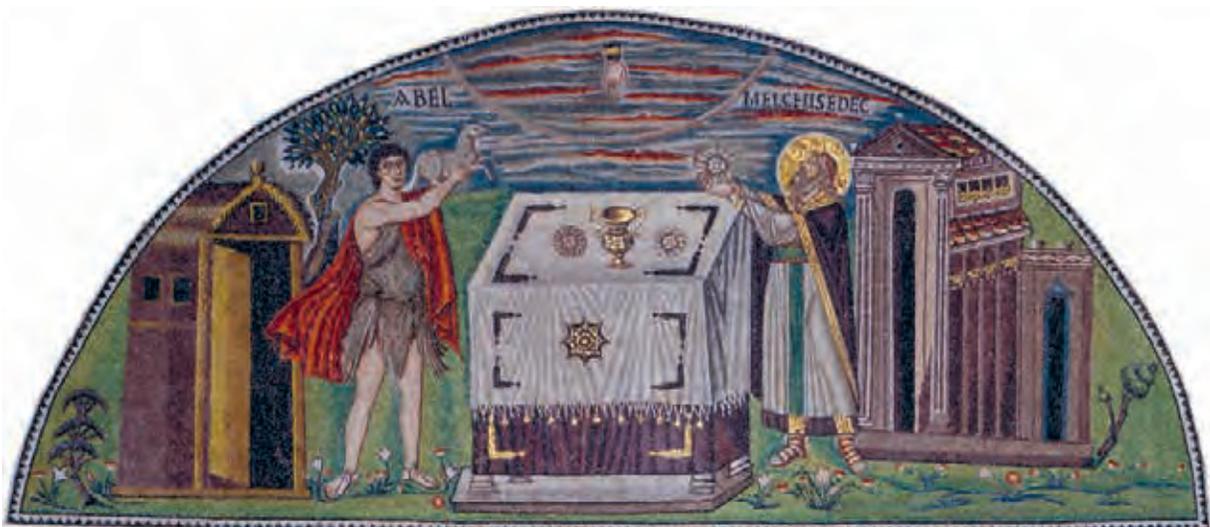
Dios habló, y dijo todas estas palabras: “Yo soy el Señor tu Dios, que te sacó de Egipto, donde eras esclavo. No tengas otros dioses aparte de mí”. Éxodo 20:2–3

p. 17 El Primer Mandamiento exige que todos los seres humanos reconozcamos a Dios como el único Dios verdadero, Creador y Señor de todas las cosas, y que le **rindamos culto** y lo **adoremos** como nuestro Dios. Como criaturas suyas le debemos todo; dependemos totalmente de él. Por nuestra reverencia y culto reconocemos nuestra deuda y mostramos gratitud a nuestro Creador.

Para adorarlo con verdadero amor, debemos creer en él y creer todo lo que él nos ha revelado. Esto significa que debemos aprender más sobre Dios. Si él nos ha dado los medios de hacerlo,

no tenemos ninguna excusa para permanecer ignorantes acerca de él y de sus verdades.

Este mandamiento requiere cierta conducta de nuestra parte, y también nos prohíbe actuar en contra de lo que le debemos a Dios. Es incorrecto practicar la **superstición** o la impiedad. La **impiedad** significa ser irreverente o irrespetuoso hacia Dios o hacia las cosas sagradas. También es pecado si deliberadamente dudamos de alguna verdad divina o nos negamos a saber lo que debemos sobre Dios y nuestra religión. A veces hay algunos tan voluntariosos que proclaman públicamente



su incredulidad o su desacuerdo con las verdades de la fe. Esto se llama **herejía**—la negación o el desacuerdo con una verdad en particular—, o **apostasía**—abandonar la religión verdadera o desertar de ella—.

Dioses extraños

Hemos leído sobre los pueblos de la antigüedad que adoraban ídolos: dioses falsos, como los becerros de oro. ¿Recuerdas cuando los israelitas adoraron el becerro de oro en el desierto antes de que Dios les diera los Diez Mandamientos? Esto se llama **idolatría**. No hay muchas personas que todavía veneren becerros, pero sí hay todavía muchos que en sus vidas ponen “dioses extraños” antes que Dios.

No tener “dioses extraños” significa que no debemos amar a nadie ni nada tanto como amamos a Dios. Debemos darle culto y adorarlo a él, o sea, darle el amor especial que le debemos solamente a él. Se trata de un amor que reconoce su puesto supremo sobre toda la creación.

Nada de lo que Dios ha creado debemos anteponerlo a nuestro amor por él. Ninguna criatura debe ser adorada, es decir, venerada con ese amor especial que le debemos exclusivamente a Dios. Nuestro amor o apego a cosas que Dios ha hecho no es malo en sí. Que una computadora o un perrito ocupen un lugar especial en nuestra vida no es malo. Pero esas cosas nunca deben competir con nuestro amor a Dios ni con su plan para nosotros. Por ejemplo, si amamos tanto una computadora que se la robamos a otra persona, entonces es que la hemos puesto antes de Dios.

He aquí una historia de la Biblia que nos aclara eso.

El joven rico

Un joven rico recibió una invitación de Jesús para renunciar a sus bienes y ser su discípulo. San Marcos nos cuenta que Jesús miró al joven y lo amó, porque siempre había cumplido todos los mandamientos de Dios y quería ser aún mejor. Jesús le dijo: “Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres. Así tendrás riqueza en el cielo. Luego ven y sígueme” (Marcos 10:21).

El joven, no obstante, se alejó muy triste y dejó a Jesús porque, como dice la Biblia, “era muy rico”. No podía seguir a Jesús porque amaba demasiado los bienes creados. Podrán no haber sido los mismos bienes que tenemos nosotros—televisores, radios o automóviles—, pero fueran lo que fueran, él no quería renunciar a ellos. Perdió la oportunidad de seguir a Jesús porque estas cosas competían en su corazón con el amor de Dios.

Hay peligro en tener demasiadas posesiones porque pueden alejar nuestros corazones de Dios. Nuestro amor por esas cosas debe de ser un amor “desapegado”, es decir, un amor que esté dispuesto a dejar esas cosas cuando Dios nos lo pide.

El debido culto

En los siglos anteriores a Cristo, los hebreos ofrecían **sacrificios** públicos, matando sobre un altar un animal, por ejemplo un cordero para honrar a Dios y para reconocerlo como el Creador de todo, especialmente como desagravio por sus propios pecados.

El sacrificio de los hebreos le agradaba a Dios, pero nunca fue capaz de compensar completamente el pecado. Como ya sabemos, el pecado de Adán había cerrado las puertas del cielo. Ninguno de los muchos sacrificios ofrecidos por los hebreos podía cambiar esto. Es que el pecado ofende a un Dios que es tan grande, que ninguna ofrenda humana por sí sola, por muy valiosa que sea, es suficiente compensación.

El desamparo de los humanos no fue obstáculo para Dios, quien quería salvarlos. Por eso, Dios mismo se hizo hombre y se ofreció en la cruz como sacrificio agradable, que sobraba por mucho para compensar todos los pecados de todos los hombres. Este sacrificio se renueva diariamente en cada Misa en todas partes del mundo. El sacrificio de Jesús en la cruz es el don más grande que podemos ofrecer a Dios.

El sacrificio que ofrecemos en la Misa es el posible acto de culto más sublime. Contiene todo lo necesario para rendirle a Dios el culto debido. En la Misa reconocemos a Dios como nuestro Creador, nuestro Señor y Dueño. Le agradecemos profundamente todo lo que nos ha dado. Y, para reconocer que dependemos de él, le pedimos todo lo que necesitamos y todo lo que pueda ayudar a

p. 18

p. 19

los demás. Finalmente, en la Misa ofrecemos lo único que puede compensar por nuestros pecados y ofensas: el sacrificio de Jesucristo en la cruz.

Podemos ofrecerle a Dios el amor y el culto que le debemos cuando participamos en la Santa Misa. ¡Hagámoslo con frecuencia!

Palabras para recordar:

culto adorar superstición impiedad
herejía idolatría sacrificio
apostasía

“Bendigan al Señor, todas sus canten en su honor eternamente”. Daniel 3:57

- Pregunta 6:** *¿Qué nos exige el Primer Mandamiento?*
El Primer Mandamiento nos manda creer en Dios, esperar en él y amarlo sobre todas las cosas (CIC 2134).
- Pregunta 7:** *¿Qué prohíbe el Primer Mandamiento?*
El Primer Mandamiento prohíbe la herejía, la apostasía, la duda voluntaria, la ignorancia deliberada de la verdad de Dios, la desesperación, la presunción, la idolatría, la indiferencia a Dios, el odio a Dios, la superstición y la irreligión (CIC 2110).
- Pregunta 8:** *¿Cómo la historia del joven rico nos enseña a evitar amar más las posesiones que a Dios?*
La historia del joven rico nos muestra que él estaba demasiado apegado a sus muchas posesiones y por eso no siguió a Jesús. Es un ejemplo de cómo tantas personas, aun hoy en día, cometen idolatría (CIC 2113).
- Pregunta 9:** *¿Cómo ofrecían culto a Dios los hebreos?*
Los hebreos ofrecían culto a Dios por medio del sacrificio de animales (CIC 1539).
- Pregunta 10:** *¿Cuál fue el sacrificio perfecto que se ofreció a Dios?*
El sacrificio perfecto que se ofreció a Dios fue la ofrenda de Jesucristo en la Cruz, que fue el acto perfecto de culto (CIC 2100).
- Pregunta 11:** *¿Cómo podemos participar en el acto perfecto de culto de Jesús a Dios?*
Podemos participar en el acto perfecto de culto de Jesús a Dios participando en la Misa, puesto que el Sacrificio de la Misa y el Sacrificio de la Cruz son uno y el mismo sacrificio (CIC 1369, 2100).

p. 20

CAPÍTULO 3

La oración: el tesoro escondido

“Señor, enséñanos a orar, así como Juan enseñó a sus discípulos”. Lucas 11:1

p. 21 La **oración** es algo que se nos exige en el primer Mandamiento. Es necesario y obligatorio que oremos, y debemos hacerlo cada día. Dios nos mandó orar, y siempre escucha nuestras oraciones.

La oración se define como la elevación de la mente y el corazón hacia Dios. Nuestra oración es una conversación personal con Dios. Puede ser breve o larga. Cuando oramos, debemos enfocar nuestra atención en Dios. Debemos pensar en algo en él que nos mueva a amarlo. Entonces podemos hablar con él, adorarlo, decirle que nos arrepentimos de nuestros pecados, pedirle cosas que necesitamos, y también escucharlo. Una de las mejores maneras de hacer esto es considerar algo que Jesús dijo o hizo. Jesús, siendo tanto hombre como Dios, puede ser imaginado visualmente. Esto ayuda a mover nuestros corazones, y entonces podemos, por ejemplo, hacer un acto de fe, un acto de esperanza, o un acto de caridad.

Hay dos formas de oración: la oración vocal y la oración mental. En la oración vocal podemos usar una oración fija, como el Padre Nuestro, y la decimos o la rezamos. En la oración mental oramos en silencio, con palabras o sin ellas; simplemente pensamos en Dios y lo amamos.

Nuestra necesidad de orar

Jesús nos anima con fuerza a orar. San Lucas escribe: “Jesús les contó una parábola para enseñarles que debían orar siempre, sin desanimarse” (Lucas 18:1).

Esto significa que debemos orar incluso cuando no tenemos ganas, y también cuando sí las tene-



mos. Debemos orar cuando hay pensamientos involuntarios que interrumpen nuestra concentración, o cuando nuestras preocupaciones nos alejan de pensar en Dios, en Jesús y en los santos. Estas interrupciones se llaman “distracciones”. Cuando ocurren, tenemos que volver a nuestra oración con calma y paciencia. Este tipo de distracciones no son culpa nuestra. Pero si empezamos a soñar despiertos y, después de darnos cuenta de ello seguimos soñando en vez de orar, entonces ya estamos fallando. Si se me va la mente cien veces, y cada vez la hago volver a la oración, no hay culpa. De hecho, hay gran mérito porque esto es difícil y le muestra a Dios que lo amo y quiero agradecerle. Al orar a Dios—pidiéndole lo que necesitamos, dándole gracias por lo que nos ha dado— reconocemos que somos sus criaturas y que dependemos completamente de él.

“El ejercicio principal de la oración es hablar a Dios y oírlo hablar en el fondo del corazón”. San Francisco de Sales

“Sea mi oración como incienso en tu presencia, y mis manos levantadas, como ofrenda de la tarde”. Salmo 141:2

p. 22 Jesús nos asegura que nuestras oraciones serán contestadas. Dice: “Pidan, y Dios les dará; busquen, y encontrarán; llamen a la puerta, y se les abrirá” (Mateo 7:7).

Claro que no conseguiremos lo que es malo para nosotros, ni lo que en realidad es innecesario. Pero Dios siempre nos dará lo que más nos convenga.

episodios en las vidas de Jesús y María. Tenemos que pensar en esos misterios mientras rezamos las oraciones, sobre todo los Avemarías. Las oraciones deben ser rezadas lentamente mientras nuestro corazón es movido por lo que estamos pensando. Y, ¿qué podría ser más apropiado para ayudarnos a orar que las escenas de las vidas de Jesús y María?

p. 23

* * *

Oraciones particulares

Hay una oración especial de la Iglesia llamada la Liturgia de las Horas u **Oficio Divino**. El Oficio Divino es una oración de alabanza y petición usando los Salmos y lecturas de las Escrituras y los escritos de los santos. A ciertos miembros de la Iglesia, como los sacerdotes, se les exige rezar el Oficio Divino cada día, pero todos los demás miembros de la Iglesia estamos invitados a unirnos en la alabanza que la Iglesia ofrece a Dios en esta rica y bella forma de oración.

Otra oración especialmente recomendada por la Iglesia es el Rosario. Por casi ochocientos años, incontables fieles lo han hecho parte de su oración diaria. El Rosario se divide en misterios, es decir

Una vida de oración se llama a veces vida espiritual o vida devota. Nuestra vida espiritual es el conjunto de todo lo que hacemos para alcanzar el cielo, que incluye recibir los sacramentos y hacer buenas obras. La vida espiritual es una manera de crecer; y cuanto más crezcamos en la oración, tendremos más gozo, paz y confianza. ¡Una vida de oración nos hace estar verdaderamente vivos!

Jesús dijo: “Les hablo así para que se alegren conmigo y su alegría sea completa” (Juan 15:11).

Palabras para recordar:

oración

Oficio Divino (Liturgia de las Horas)

Acostúmbrate a hablar con Dios como si estuvieras a solas con él, con familiaridad, con confianza y amor, como al más amado y más amante amigo. Háblale a menudo de tus asuntos, tus planes, tus preocupaciones, tus temores ... todo lo que tenga que ver contigo. Háblale con confianza y franqueza, porque Dios no suele hablarle a un alma que no le habla.

—San Alfonso María de Ligorio

- Pregunta 12:** *¿Qué es la oración?*
La oración es la elevación de la mente y del corazón hacia Dios, para conocerlo mejor, para adorarlo, para darle gracias, y para pedirle lo que necesitamos (CIC 2590).
- Pregunta 13:** *¿Qué clases de oración hay?*
Hay cinco clases de oración: la bendición y la adoración, la oración de petición, la oración de intercesión, la oración de acción de gracias y la oración de alabanza (CIC 2626–49).
- Pregunta 14:** *¿Qué es la oración mental?*
La oración mental es la que se dice sólo con la mente y el corazón (CIC 2708).
- Pregunta 15:** *¿Qué es la oración vocal?*
La oración vocal es lo que se expresa con palabras habladas, con la participación de la mente y el corazón (CIC 2700).
- Pregunta 16:** *¿Cómo debemos orar?*
Debemos rezar con humildad, con atención y con devoción (CIC 2559).
- Pregunta 17:** *¿Por qué es necesario orar?*
Es necesario orar para crecer en nuestra fe en Dios, en nuestra esperanza en él y en nuestro amor a él, y de esta manera recibir la gracia necesaria para estar unidos con él en el cielo (CIC 2558).
- Pregunta 18:** *¿Cómo debemos orar y para qué?*
Debemos dar gloria, gracias y alabanza a Dios en nuestra oración diaria. Debemos santificar su nombre. Debemos pedirle lo necesario para obtener la vida eterna, incluso las cosas necesarias para la vida en este mundo. Debemos pedirle perdón por nuestros pecados. Jesucristo nos enseñó todo esto en el Padrenuestro (CIC 2857).
- Pregunta 19:** *¿Cuál es la oración más perfecta?*
La oración más perfecta es la Misa porque en ella Jesús se ofrece al Padre por nosotros. Nosotros nos ofrecemos junto con Jesús al Padre por el poder del Espíritu Santo (CIC 1358–59, 1369, 1407).

CAPÍTULO 4

Los santos ... los que aprovecharon al máximo

“Después de esto, miré y vi una multitud de todas las naciones, razas, lenguas y pueblos. Estaban en pie delante del trono y delante del Cordero, y eran tantos que nadie podía contarlos. Iban vestidos de blanco y llevaban palmas en las manos”. Apocalipsis 7:9

p. 25 En esta vida todos nosotros buscamos la misma cosa: la *felicidad*. Los **santos** son los que la han encontrado. Están perfectamente felices con Dios en el cielo. En la tierra gozaron de una cercanía especial con Dios, lo que les produjo una gran felicidad aun en medio de sus sufrimientos. Pero hay una cosa que siempre debemos recordar de los santos: todos empezaron igual que cada uno de nosotros. Lo que es más, cada uno de nosotros también está llamado a ser santo.

Muchos santos, escribiendo o hablando de sus vidas, recordaron estar tristes por muchos años cuando se desentendían de Dios y llevaban una vida mundana. A veces, buscando el placer se olvidaban momentáneamente de su tristeza; pero cuando el placer acababa, quedaban más tristes que antes. Fue entonces cuando muchos de ellos experimentaron un cambio en su corazón, se volvieron a Dios y empezaron una nueva vida. Este nuevo comienzo con Dios se llama una conversión. Por medio de la oración y los sacramentos practicaron el amor a Dios, y el amor al prójimo lo practicaron haciendo buenas obras. Su anterior vida de pecado había terminado y su nueva vida con Cristo les daba mucha alegría.

El gran San Agustín escribió: “Nos has hecho, Señor, para ti, y nuestro corazón no halla sosiego hasta que descanse en ti”.



Sólo podemos ser felices si vivimos en armonía con la voluntad de Dios, es decir, si hacemos lo que Dios quiere. Cualquier distanciamiento de Dios causado por el pecado, sea grande o pequeño, implica un correspondiente grado de tristeza. La clave para la felicidad, entonces, es la “amistad con Dios”, lo cual significa hacer la voluntad de Dios. Los santos son los amigos íntimos de Dios. Esa amistad les causa gran alegría, porque fuimos



San Carlos Lwanga



San Juan Bosco



San Maximiliano Kolbe

hechos para esa amistad con Dios y, si no la tenemos, ninguna otra cosa puede compensar por su ausencia.

Sólo hay una cura para el infeliz: volverse hacia Dios con todo su corazón. No hay nada más que pueda satisfacerle.

Jesús relaciona la **santidad** y la felicidad con el “Reino de Dios”. Compara la verdadera felicidad con la búsqueda que hace un mercader de perlas finas: “Sucede también con el reino de los cielos como con un comerciante que andaba buscando perlas finas; cuando encontró una de mucho valor, fue y vendió todo lo que tenía, y compró esa perla” (Mateo 13:45–46).

p. 27

Esto es lo que han hecho los santos. En muchos casos han cambiado completamente su vida para obedecer a Dios y estar en paz con él. Ahora, después de una vida feliz en la tierra, gozan de la felicidad plena e inmensa de ver a Dios en el cielo.

Los santos victoriosos

A los santos del cielo los llamamos la **Iglesia triunfante** porque ellos han alcanzado el premio final que es Dios mismo. Dios se ha entregado a ellos; les pertenece para toda la eternidad. “La vida eterna” no significa sólo vivir para siempre; significa vivir la vida *de Dios* para siempre.

Intercesores

Debemos aprovechar el gran poder de los santos para interceder por nosotros. “Interceder” significa

hablar a favor de alguien, orar por alguien. Debemos invocar a los santos y pedirles que intercedan por nosotros. Se llaman “**intercesores**”, los que interceden. Cuando oramos a los santos los honramos, y al honrarlos honramos a Dios, porque reconocemos que es por medio de su gracia que han salido victoriosos sobre el pecado. Pedimos a otras personas vivas en esta tierra que oren a Dios por nosotros. Pues también podemos pedirselo a los santos del cielo. Sus oraciones son muy poderosas porque son amigos íntimos de Dios. Cada uno de nosotros debe orar, particularmente, a su **santo patrono**, el santo cuyo nombre llevamos. Hemos de rezar especialmente a la Santísima Virgen María, quien es la más grande de todos los santos, a quien el mismo Jesús nos entregó como madre. Tenemos muchas oraciones especiales para María, pero la más conocida es el “Avemaría”. También tenemos que orar a los ángeles buenos, aunque sólo sabemos los nombres de tres de ellos: San Miguel Arcángel, San Gabriel—a quien Dios mandó a la Santísima Virgen para pedirle que fuera la madre de su Hijo—, y San Rafael. Debemos rezar cada día a nuestro Ángel de la Guarda, porque está siempre con nosotros para ayudarnos. Además, hemos de orar a nuestros santos favoritos, aquellos por quienes sentimos una atracción especial.

Además de pedir la intercesión de los santos, debemos estudiar sus vidas para aprender de ellos cómo alcanzar nuestra meta celestial. Al imitar sus vidas virtuosas, nos resultará más fácil conocer y cumplir la voluntad de Dios.

Debemos tener presente que los santos son personas verdaderas que ahora están con Jesús en el cielo. Si hoy hacemos amistad con ellos,

p. 28

“A los santos se debe rendir honor como amigos de Cristo, como hijos y herederos de Dios”. San Juan Damasceno

nos recordarán cuando más los necesitemos. Nos ayudarán a acercarnos más a Jesús.

Los bienaventurados en el cielo

Los santos que honramos por sus nombres son los que la Iglesia ha determinado con toda certeza que ahora están en el cielo. Pero en el cielo hay muchísimos otros que nos son desconocidos, a quienes conoceremos cuando llegemos allí.

¿Cuántos santos hay, incluso todos los que aún no conocemos? San Juan, en el libro del Apocalipsis, nos habla de una visión del cielo: “Después de esto

miré, y vi una gran multitud de todas las naciones, razas, lenguas y pueblos” (Apocalipsis 7:9).

Esto nos consuela, pero nunca debemos dar por un hecho que ganamos el cielo. Como dice San Pablo: debemos “He peleado la buena batalla, he llegado al término de la carrera, me he mantenido fiel (2 Timoteo 4:7). Debemos seguir a Jesús para estar con él un día en el cielo; los santos pueden ayudarnos a hacerlo.

Palabras para recordar:

santos santidad Iglesia triunfante
intercesor santo patrono

Pregunta 15: *¿Quiénes son los santos?*

Los santos son los que, practicando las virtudes en un grado heroico según las enseñanzas y el ejemplo de Jesucristo han merecido gloria especial en el cielo y también en la tierra, donde, por la autoridad de la Iglesia, se les honra y se les invoca públicamente (CIC 828, 927).

Pregunta 16: *¿Por qué debemos rezar a los santos además de a Dios?*

Debemos rezar a los santos además de Dios, porque Dios desea ayudarnos por medio de las oraciones de otros, incluso quienes fueron muy santos y están íntimamente unidos a Dios (CIC 956).

Pregunta 17: *¿Por qué los ángeles, los santos y nuestra Señora son intercesores poderosos ante Dios?*

Los ángeles y los santos son intercesores poderosos ante Dios porque son sus siervos fieles y sus queridísimos amigos. Nuestra Señora es la intercesora más poderosa porque es la Madre de Dios. También es el modelo para todos los que oran (CIC 956, 2679).

Pregunta 18: *¿Cuál es la oración que usamos especialmente para invocar la intercesión de nuestra Señora?*

Invocamos la intercesión de nuestra Señora especialmente con el Avemaría (CIC 2676–77).

p. 29